

PRÓLOGO (RESUMEN)

A comienzos del año 2016 se conmemora el tercer centenario del nacimiento de Carlos de Borbón y Farnesio, que reinó en España desde 1759 hasta 1788 con el nombre de Carlos III. Rey sobre el que se han escrito comentarios contrapuestos, haciendo de él un prototipo de monarca 'ilustrado' o bien un rey timorato, indeciso y excesivamente devoto que no tuvo la decidida voluntad de cambiar la sociedad elitista en la que nació, siguiendo los impulsos democratizadores que pedían con insistencia los españoles más lúcidos y la filosofía europea de las *Luces*. En el presente libro quisiera ofrecer datos, sucesos y testimonios elocuentes para el lector pueda sacar sus propias conclusiones sobre la vida madrileña en el reinado de Carlos III. Creo que completo lo conocido con una extensa relación de referencias bibliográficas, tanto de textos de la época nunca comentados, como de estudios muy recientes que añaden nuevas interpretaciones de este reinado, tan crucial para Madrid.

No se trata aquí de enjuiciar la política general, interior o exterior, los conflictos bélicos en los que intervino España, ni el alcance ideológico de la *Ilustración*, sino de acercarnos lo más posible a la sociedad madrileña de entonces, profundizando en una radiografía social y cultural de ese pueblo variopinto y clasista, acostumbrado al absolutismo monárquico, al pensamiento único de las creencias religiosas, en buena parte analfabeto y supersticioso, pero digno de ser conocido como un enlace necesario para comprender nuestro 'secularizado' siglo XXI. En esos años comenzó la secularización de la cultura y la reforma de las instituciones, primer paso de la modernidad. En el futuro ya no se hablará del "Siglo ilustrado", sintagma sarcástico inventado en la Sevilla conventual de Olavide, sino de "Siglo reformista", porque más que ideológico fue un siglo práctico, de renovación y reforma política en todas las actividades de la monarquía. En los años de Carlos III se sentaron las bases del nuevo Madrid, que permiten apreciar lo que la capital de España debe al reinado de este singular monarca, de padre francés y madre italiana, pero madrileño de nacimiento, que la convirtió en una gran ciudad europea.

Comentando esa realidad histórica, mi querido amigo y maestro, Antonio Domínguez Ortiz, dejó escrito que

Madrid fue, indudablemente, el centro de la Ilustración, gracias a un conjunto de factores que no se encontraban en ninguna otra ciudad: instituciones docentes de espíritu moderno, ambiente cosmopolita, prensa abundante, mecenazgo de aristócratas ilustrados, una Sociedad Económica cuya actividad sobrepusó mucho a las de provincias, y una presencia gubernamental que era, según los casos, impulso, freno o tutela.

Mi también maestro y amigo, el profesor Julián Marías, en su libro *España inteligible*, nos enseñó que “el siglo XVIII es admirable y mucho más creador de lo que se piensa”, culminando la “construcción” de España, con Carlos III: “momento de plena integración nacional, entre la incompleta *nacionalización* del XVII y la aparición del *nacionalismo* en el XIX”. Busquemos, pues, las coordenadas sociales del Madrid dieciochesco, tan diferente del nuestro, pero que podemos evocar con facilidad paseando por el casco urbano de aquel siglo XVIII, recinto amurallado con una cerca que todavía en aquellos años encorsetaba a la ciudad, mejor, a la Villa y Corte, dificultando su respiración y ansias de libertad. Pero no se hicieron las reformas de manera despótica, sino optimista y desenfadada. Como dice, retóricamente, en el prólogo de su libro el citado académico sevillano: “Se alza el telón en un escenario de música barroca, doradas casacas y empolvadas pelucas”.

Agobiados en esta capital inabarcable del siglo XXI, quizás nos cueste cerrar los ojos para entrever en la penumbra de la historia, lo que fuera hace tres siglos la sociedad española, y más concretamente, la madrileña. Sin embargo, las raíces más profundas de nuestra vida en común serán imprescindibles para actualizar el conocimiento de la realidad hispana, que poco se entendería sin conocer la pormenorizada historia de nuestro siglo XVIII, en especial el reinado de Carlos III, tiempo de cambios en el que pronto llegaría a su fin el Antiguo Régimen. En este reinado la capital de España “se hace mayor” y puede codearse con las principales capitales europeas. En ese período nacen aquí instituciones, costumbres y mejoras urbanas que duran hasta nuestros días.

En el plano político hay que destacar la culminación y la defensa a ultranza del estatus jurídico de la *Corona de España*, idea que se materializa con Carlos III de Borbón en el trono (año 1775), al ser fabricada por el platero madrileño Fernando Velasco la corona de plata sobredorada, con una cruz por remate y un fondo de terciopelo rojo, símbolo de la monarquía hispánica, conservado celosamente en el Palacio Real de Madrid. Hasta 1715 sólo existió en términos legales la “Monarquía de España y de sus Indias”, pero a partir de la Pragmática Sanción de 10 de mayo de 1715, ya se habla oficialmente de la “Corona de España”, reconocida por primera vez en el *Tratado de Paz ajustado entre la Corona de España y la de Portugal* porque, como comenta el profesor Maravall, “la penetración en España del uso del concepto *Corona* es más impreciso y tardío que en Europa”. El sistema feudal, que integraba a “las Españas”, es decir, los diferentes reinos y colonias con sus peculiaridades, se

unifica, aunque sólo sea administrativamente, ya que las costumbres seculares no se cambian por un papel administrativo.

El famoso grabador de la época, Pablo Minguet, grabó en 1759 un mapa de España en una hoja gran folio, con los límites interprovinciales coloreados, y con los escudos de los distintos reinos medievales, “en la imprenta del autor”, el mismo pie que figura en los 50 folios del *Compendio histórico y geográfico de los Soberanos que hoy viven en la Europa*, con otras quince láminas, libro al que califica de “Non plus ultra de los atlas pequeños”. Este es el reinado de la cartografía, en el que se graban los mejores planos de Madrid, como se verá en el tercer capítulo, el de los grandes edificios y monumentos que la convirtieron en verdadera capital moderna. Los años de Carlos III son los de la continuidad reformista del reinado anterior y la planificación de otras grandes reformas (no todas exitosas), de las instituciones oficiales, como la de los Diputados del Común y de los Alcaldes de Barrio (1768), la creación del Archivo General de Madrid (1781), la Superintendencia de Policía (1782), la Junta Suprema de Estado (1785), precedente del Consejo de Ministros, y de otras iniciativas políticas y sociales que afectaban muy directamente a la sociedad madrileña, como la libertad de comercio, la protección a la educación, la industria y las artes, el establecimiento de la “honra legal” de cualquier trabajo, la mejora de la sanidad y de la beneficencia civil, con las Juntas y las Diputaciones de Caridad.

Es el reinado en que nacen en Madrid el periodismo de opinión, la historiografía, las Academias científicas y jurídicas, los Estudios Reales de San Isidro, la Sociedad Económica Matritense y la Junta de Damas, la renovación clásica en las letras, la elegancia y el buen gusto neoclásico, la “zarzuela nueva” y el sainete en el teatro, la poesía filosófica y social, las traducciones de cuantas obras científicas y literarias aparecen en Europa, entre ellas la exitosa novela sentimental. Madrid conoce el apogeo de la imprenta, de la encuadernación y de las librerías, mucho más numerosas, proporcionalmente, que las de nuestros días, amenazadas hoy por la imparable ascensión de la tecnología digital. También es testigo privilegiado del turismo extranjero, del enorme auge del servicio de correos y de los transportes, del nacimiento de la estimación capitalista y burguesa de la nueva economía, de las reformas en todos los órdenes de la vida, aunque no hay que olvidar la resistencia de los intelectuales y de las instituciones ancladas en el pasado, que presentan la batalla ideológica, mientras que los intrigantes del poder enturbian las batallas políticas.

Francisco Aguilar Piñal

SUMARIO

TOMO I

Prólogo	1
I. Carlos de Borbón y Farnesio, el “mejor alcalde” de Madrid.	23
Philippe d’Anjou y familia.- Carlos, rey de Nápoles.- Un matrimonio feliz.- Los años napolitanos.- Carlos, rey de España.- Carlos de Borbón en Madrid.- Semblanza del “Mejor Alcalde”.	
II. El viejo Madrid	83
Villa y Corte “cercada”.- Del plano de Teixeira al de Espinosa.- Urbanismo.- Madrid en la <i>Planimetría General</i> .- La ciudad barroca.- Suciedad de la Villa.- Los traperos.- Guías y calendarios.	
III. El nuevo Madrid	133
Empedrado, limpieza y alumbrado.- Nueva cartografía.- Madrid en obras.- Palacio Real.- Casas nobles.- Jardines y paseos.- Fuentes públicas.- El río y los canales.- Maqueta de Madrid.	
IV. La Corte y el Ejército.	191
La Corte de Madrid.- Cargos palaciegos.- Rentas señoriales.- La Orden de Carlos III y el Toisón de Oro.- La Real Capilla.- La Real Armería y la Real Biblioteca.- El Ejército de Carlos III.- Madrid, plaza de armas.	
V. El Trono y el Altar.	243
Soberano católico.- Regalismo borbónico.- Ortodoxia y heterodoxia.- El jansenismo español.- La “Santa Inquisición”.- Centinelas de la fe.- Reforma del clero.	
VI. El estado llano	293
Población de la Villa.- El mosaico madrileño.- Los marginados.- El problema gitano.- Un barrio conflictivo.- Gremios madrileños.- Salarios y beneficios laborales.- Trabajo y honra legal.- Ocio y diversiones.- Fiestas en la Villa y Corte.	
VII. El motín y la Compañía de Jesús.	349
El Motín de Esquilache.- Semana Santa sangrienta.- Aranda en el poder.- Expulsión de la Compañía de Jesús.- Consigna de silencio.- Extinción de la Compañía de Jesús.- Otras consecuencias políticas del motín.	
Índice onomástico.	405